

CRISTO DE LOS ULTRAJES

3 de mayo de 2025
Valdetorres

Queridos todos, queridos amigos de Valdetorres, autoridades; querido D. Luis. Gracias a todos por darme la oportunidad de compartir la fiesta del Cristo de los Ultrajes con vosotros.

El crucificado ha sido siempre para los cristianos la expresión del amor de Dios por el hombre, por todos los hombres. Cuando era muy joven conocí un sacerdote italiano que dijo algo que se me grabó: Cristo en la cruz ama con amor exclusivo a cada hombre. A todos los hombres, pero a cada uno como si fuese único, con un amor exclusivo y único. Así como el amor de un esposo por su esposa debe ser exclusivo, así ama Cristo desde la cruz a cada hombre: con un amor único y exclusivo. Este amor es la certeza más grande con la que un hombre puede afrontar el desafío de la vida. San Pablo, en un texto muy conocido, expresa esta certeza que nos permite afrontar las dificultades de la vida: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? [...] ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; [...] En todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor». Sí, Cristo crucificado se ha convertido en la certeza del amor de Dios por nosotros, de un amor con el cual podemos afrontar el desafío de la vida, un amor más fuerte que la muerte. Con la certeza de este amor millones de cristianos en todo el mundo, desde hace más de 2000 años, han afrontado las dificultades del matrimonio y de la familia, han aprendido a sacrificarse por los hijos, a cuidar de los ancianos, de los pobres y de los enfermos, han construido catedrales, hospitales, universidades, se han entregado al amor virginal en conventos, o al servicio del Pueblo de Dios como sacerdotes, han afrontado la evangelización de otros pueblos y el martirio. Todo fundado en esta certeza que nos da el amor de Cristo, en el cual lo tenemos todo.

Ahora, cuando en el año 1639 la divina providencia quiso hacer llegar hasta vuestros antepasados, la imagen de Cristo crucificado, aunque no conserve la cruz, ni siquiera los brazos... Cuando la divina providencia quiso hacer llegar hasta vosotros esta imagen del Cristo de los Ultrajes, ¿qué quería deciros, sino que eso que es una verdad ofrecida a todos los hombres, él quería que fuese una verdad para vosotros? Es como si Dios dijese: «mi Hijo murió por todos, sí, pero murió concretamente por vosotros, hombres y mujeres de Valdetorres. Os doy esta pequeña imagen como testimonio de este amor único y exclusivo por vosotros, para que podáis vivir apoyados en la certeza de este amor».

Dicho lo cual, es necesario que entendamos este amor a la luz de la Palabra de Dios. Conoceréis de memoria lo que le hemos escuchado a Jesús en el Evangelio, porque se repite cada año en esta fiesta. Aún así, intentemos profundizar en esas palabras. Forman parte de un diálogo de Jesús con Nicodemo.

Nicodemo era del grupo de los fariseos y, a pesar de ello, un justo, que buscaba sinceramente a Dios. Por otra parte, no era un fariseo cualquiera, sino un miembro del Sanhedrín, la máxima autoridad judía en Jerusalén. Pocos días antes de este primer encuentro, Jesús había expulsado a los mercaderes del Templo. Los jefes judíos, indignados, le habían preguntado quién era para obrar así, qué autoridad tenía. ¿Quién eres? ¿Quién es este hombre que actúa como si tuviera autoridad sobre el lugar sagrado y sobre todos nosotros? A partir de ese momento Jesús quedó bajo la mirada escrutadora del Sanhedrín, que seguiría con detalle sus movimientos, en esos días en los que se celebraba la Pascua, y en los que Jesús permaneció en Jerusalén e hizo muchos milagros. Fue entonces cuando Nicodemo lo visitó. Y abrió el diálogo con unas palabras realmente elogiosas: **«Sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él».** **«Has venido de parte de Dios»** —dijo—, como antes Moisés o David, como Isaías... y como otros hombres decisivos de la historia de Israel. Pero el bueno de Nicodemo recibió una respuesta desconcertante. Literalmente: **«Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre».** Con mis palabras: «No es que venga de parte de Dios, sino que vengo de Dios, he bajado del cielo». Moisés vino de parte de Dios, y de parte de Dios vinieron Elías, Eliseo, el rey David, o los profetas Isaías, Jeremías...; pero Jesús viene del cielo, directamente del seno de Dios, porque es Dios. Jesús está respondiendo a la pregunta ¿quién eres? Soy el que baja del cielo, soy Dios que ha bajado del cielo.

Ese bajar no significa pasar de estar arriba, en el cielo, para venir abajo, a la tierra. Es un humillarse. Lo explica la carta a los filipenses: **«Cristo Jesús, siendo de condición divina [esto es, siendo Dios], no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo».** Bajar del cielo es un despojarse de la gloria divina y un asumir la condición humana, que, desde Adán, está esclavizada por el pecado. Es un abajarse hasta lo más hondo y más miserable de nuestra condición y de nuestra culpa. En la cruz, Cristo lleva sobre su cuerpo y sobre su alma el horror de todos los pecados, desde los más pequeños hasta los más terribles: los homicidios, los adulterios, las mentiras, la explotación de los pobres, los abortos, el abandono de los padres. Todos los pecados pesan sobre él, destruyen su cuerpo y desfiguran su alma. Jesús es Dios que baja, se hace hombre y asume el pecado y la esclavitud del hombre, hasta la **«muerte de cruz».**

Con esto entendemos mejor las siguientes palabras de Jesús: **«Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre».** «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tengo que ser yo puesto en alto». En el desierto, Moisés había fabricado una serpiente y la había elevado en un mástil: aquella serpiente era la imagen del pecado de los israelitas que morían en el desierto. Cristo será como esa serpiente: en la cruz mostrará a todos el horror del pecado. Nicodemo, desde luego, solo entendió esto, cuando dos años después vio a Jesús elevado sobre la cruz, deformado, como uno **«ante quien se oculta el rostro».** ¿Lo

entendemos nosotros? Al mirar al Cristo de los Ultrajes hemos de reconocer el peso de nuestros pecados. Nuestros pecados no son una broma, pesan sobre el cuerpo humano y el alma humana de Cristo y lo desfiguran hasta la muerte. Y él, que lo asume, viene a ser el «Cristo de los Ultrajes».

Pero Cristo lleva nuestros ultrajes por amor. Y por eso, al mirar ese amasijo de pecado en el que el Hijo de Dios se ha convertido, vemos algo más grande que todo el pecado acumulado, algo que se mostrará más fuerte que la muerte: su amor por nosotros. El amor del Hijo hecho hombre y el amor del Padre: **«Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna»**. En la cruz se nos revela lo terrible de nuestro pecado y, al tiempo, más fuerte, la belleza y la grandeza del amor de Dios Padre que entrega por nosotros a su Hijo inocente; la belleza y la grandeza del amor del Hijo hecho hombre que se entrega por nosotros. Y esta visión se convierte en una oferta de salvación. Allí donde se nos descubre la gravedad de nuestra miseria y, al tiempo, toda la grandeza del amor de Dios, se nos ofrece una vida nueva, que no es nuestra vida prolongada después de la muerte, sino la vida de Dios, lo que san Juan llamó «la vida eterna».

Y es ahora donde nosotros tenemos que dar un paso decisivo. Ahora nos toca a nosotros, alcanzados por la gracia de este amor divino. Ante el crucificado cada generación de cristianos ha de dar un paso decisivo. Ante esta imagen del Cristo de los ultrajes, cada generación de los cristianos de Valdetorres ha de dar un paso decisivo: responder a tanto amor. El amor no llega a nada si no es acogido. El amor de Dios vence la muerte y el pecado en quien lo acoge, pero nada puede hacer en quien lo desprecia. Cristo, con toda la fuerza de su amor, no pudo hacer nada para que Judas no se condenase. Retened esto: en Cristo, Dios se ha vaciado, se nos ha dado por entero buscando nuestra salvación. Quien mira para otro lado y lo desprecia está en el camino de la condenación. Quien lo acoge, aunque sea con toda la debilidad de nuestra humanidad, está en el camino de la salvación. No es agradable decir estas cosas, os las digo porque no puedo traicionar a Cristo. Es él quien muere por nosotros y quien dice estas palabras finales del Evangelio: **«Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios»**.

Al leer la historia del «Cristo de los Ultrajes», pensé: Dios ha querido dar testimonio a estos hombres de su amor particular y exclusivo, Dios quiere la salvación de esos hombres, Dios los llama a su amor. Queridos todos, no dejéis de responder con una fe verdadera a quien os amó en la cruz y a quien os recordó este amor dándoos la preciosa imagen que veneráis.

Amén.

P. Enrique Santayana C.O.